



*Echando
Mano*

*por
David J. Franklin*

Echando Mano de Las Cosas de Dios

por David J. Franklin

Lo Mejor de Dios

*“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.” **Filipenses 3.12***

La declaración de Pablo en el verso citado se basa sobre algunas verdades simples. Primero, Dios quiere para su pueblo más que simplemente entrar en el cielo. Segundo, también quiere para nosotros más que simplemente vivir una vida piadosa por muchos años; predicar la Palabra de Dios a millares con grandes resultados; y que la gente sea sanada y llenada con el Espíritu a través de nuestro testimonio. Pablo había hecho aquellas cosas y mientras supo que fueron necesarias, también supo que había más de lo cual debía echar mano.

La palabra griega traducida asir significa: “echar mano de, o asirse de algo.” Pablo quería echar mano de aquello por lo cual Cristo había echado mano de él. Cristo echa mano de nosotros el momento que creemos en él para la salvación, y nunca nos suelta. “...*ni nadie las arrebatará de mi mano.*” **Juan 10.28** Echamos mano de su propósito

para nosotros a través del curso de una vida, y se nos dice: “...retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.” **Apocalipsis 3.11** El don de la vida eterna (**Romanos 6.23**) no está visto aquí. Aquel don es dado por fe a todos quienes confían en el Señor Jesucristo, lo mismo que se le dio a Pablo en el camino a Damasco. La cuestión aquí va más profundo que eso, pues habla de las recompensas, la perfecta voluntad de Dios, y satisfaciendo el corazón de Dios. Lo llamo echando mano de lo mejor de Dios. Dios no quiere que nos detengamos sin alcanzar de su mejor; fue por ésto que Cristo echó mano de nuestras vidas.

Un argumento fuerte que apoya esta verdad es la evidencia Bíblica que el propósito principal de los ministerios que Dios ha dado es para ayudarnos a echar mano en esta manera. Muchos no parecen entender ésto. Algunos hacen que la parte principal de su labor sea que la gente sea salvada; otros enfocan en la sanidad, los dones del Espíritu, la provisión financiera, la profecía de la Escritura, etc. Estas cosas son buenas, pero según las Escrituras, no son el propósito principal por el cual Dios ha dado un ministerio.

Ésto no significa que aquellas personas y sus ministerios no tienen valor. Pablo escribió; “*Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano..?*” **Romanos 14.10** Él escribió aquellas palabras acerca de gente que no tenía entendimiento completo, quienes pensaron que tenían que restringir sus dietas o guardar ciertos días como santos para agradar a Dios, pero quienes proseguían seriamente un deseo, el de servir y satisfacerle. No debemos ser tan arrogantes como para decir que Dios no tiene nada de placer en aquellos creyentes cuyas

labores no han llegado todavía al equilibrio completo que él desea. Sin embargo, si es la voluntad de Dios que su pueblo sea llevado más allá que aquellos ministerios le llevan, no debemos contradecirlo tampoco. Más bien, debemos estar de acuerdo con Dios, respetando el compromiso de aquellos cuya fe genuina no está en duda, y entonces andar en la luz que hemos recibido.

Pablo dio testimonio claro acerca de lo que él creyó que el propósito de Dios fue para su propio ministerio. Lea Filipenses **2.12 al 16** y **Gálatas 4.11**. Esta gente fue salvada y Pablo lo sabía. Además, una vez que habían recibido a Cristo, Pablo les enseñó la verdad, buena y honorablemente. No temió que en alguna manera se hubiera equivocado en lo que había predicado. Su preocupación era que los Filipenses siguieran adelante y echaran mano de todo lo que era suyo en Cristo (lo mejor de Dios), y que los Gálatas no estuvieran haciendo así. Siguió hablando a los **Filipenses** en el **tercer capítulo** de “*ganar a Cristo*,” de proseguir “*a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.*” Estos términos no se refieren al don de la vida eterna, sino a las cosas de las cuales se echa mano como premios. Vienen del don de la vida eterna en Cristo, pero no son aquel don. A los Gálatas Pablo siguió diciendo: “*Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?*” **Gálatas 5.7**

Él expresó a los Filipenses una expectación, que mientras siguieron en el camino puesto delante de ellos, él no hallaría “en el día de Cristo” que él había corrido en vano ni trabajado en vano entre ellos. A los Gálatas, él expresó una preocupación de que él había trabajado en vano entre ellos. En otras palabras, cuando la gente a

quien Pablo ministró estaba corriendo por el premio puesto delante de ellos, Pablo tenía confianza que él tendría recompensa por sus labores. Si cesaron de correr por aquel premio, Pablo sentía que había una posibilidad fuerte que sus propias labores se habían gastado en vano. Todo esto indica que él creyó que su tarea era traer al pueblo al premio, lo mejor de Dios.

¿Fue Pablo ilusorio? ¿Pensó que todo el mundo en cada iglesia tomaría lo mejor de Dios? No, pero en ser realista, sabía lo suficiente como para darse cuenta de que sería pérdida de tiempo emitir esfuerzo interminable tratando de persuadir a alguien a tomar lo mejor, si en su corazón ya se lo había rechazado. Dios no quiere que sus siervos gasten su tiempo; quiere que seamos útil y productivamente ocupados. Esto significa que cualquier obrero piadoso debe saber (por guía del Espíritu) cuando dejar el tema. No hacer así, sería trabajar en vano.

Como un ejemplo de esto, lea de los tratos de Dios con Saúl y Samuel en *1º Samuel 13.13, 14; 15.11; 15.23* y *16.1*. Saúl fue llamado por Dios para ser rey, y había sido capacitado por el Espíritu Santo para ganar grandes liberaciones para Israel. No obstante, vino el tiempo cuando se rebeló contra la Palabra de Dios. Tenía una explicación razonable, y no la llamó rebelión, pero la Palabra de Dios había llegado a significar poco para él. Fue rechazado por Dios por esto, y Samuel tenía que ocuparse de uno quien estaría en armonía con Dios. Dios lo hizo claro a él que no debía gastar su vida y labores lamentándose por Saúl.

Que los siervos del Señor nunca dejen de preocuparse aún por el rebelde y el carnal. Tenemos el ejemplo de Abraham en Génesis saliendo para librar a

Lot (*Génesis 14.1 al 16*) a pesar de la realidad que Lot había causado el problema (*Génesis 13.5 al 8*), que Abraham halló necesario separarse de él (*13.9*), y que en lugar de arrepentirse, Lot seguiría algunos de los peores pecados de la carne (*Génesis 19.33 al 38*). A un cierto nivel, uno sigue tendiéndose a tales, pero no es la labor y propósito verdadero. Abraham no procuró establecer la comunión estrecha con Lot.

¿Si el gran propósito de un ministerio es llevar a la gente a un lugar donde puede echar mano de lo mejor de Dios, ¿qué significa “echar mano?” ¿Cómo se hace? En respuesta a esa pregunta, ofrezco una simple palabra de sabiduría: no puede echar mano de algo si sus manos ya están llenas. Lea *2ª Timoteo 2.4*. Ocuparse fuera de lugar con asuntos secundarios estorba a una persona para echar mano de lo que es importante en verdad. Ésto es verdadero en cosas naturales. Hay padres cuya ambición los impulsa a ganar más dinero a expensa de su familia. Hay empleados quienes asumen tantos trabajos extras de tal manera que no pueden cumplir adecuadamente su trabajo regular. Pablo habló del soldado, quien no se atrevió a estar así profundamente envuelto en asuntos ordinarios, de tal manera que él no pudo agradar más a su comandante. Somos soldados; Cristo es nuestro Capitán. Su pueblo es nuestra familia. Nuestra tarea es echar mano de lo mejor de él y ayudar a otros a hacer lo mismo.

El remedio de Pablo para la tendencia de asumir demasiado, o llegar a estar tan envuelto con la carne de la gente que olvidamos a quien debemos agradar fue simple. Lea *Filipenses 3.13* “*una cosa hago.*” Él continuó a comer, predicar, dormir, hablar a aquellos alrededor de él, y a hacer las muchas cosas que

componen los asuntos ordinarios de su vida. Pero hizo que las cosas sirvieran aquella “*una cosa.*” Todo fue enfocado hacia la meta de agradar a Cristo, conociendo a Cristo, ganando a Cristo, echando mano de aquello por lo cual Cristo había echado mano de él. Tomando lo mejor que Dios tiene para nosotros es así tan simple y tan complicado. Viene por un total compromiso de todo corazón, de nuestra vida a él quien dio su vida por nosotros.

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.”

Filipenses 3.12 Cristo echó mano de nosotros ¿por cuál específico propósito eterno? ¿Qué tenía en mente para nosotros cuando eligió morir por nosotros en la cruz? ¿Acerca de cuál aspecto de la voluntad de Dios dijo Pablo; *“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado?”* **Filipenses 3.13** ¿Qué parte de la obra de Dios faltaba hacerse en él, para que él dijera, *“ni que (yo) ya sea perfecto?”*

El hecho de que Pablo no dio detalles personales indica que miraba a los propósitos más altos de Dios - el cuadro más ancho de la voluntad eterna de Dios - no los propósitos temporales de su andar y ministerio en esta tierra. De hecho, él escribió a los corintios, *“porque aunque de nada tengo mala conciencia* (“nada contra mí mismo” - *versión ASV inglesa.*)” **1ª Corintios 4.4** No era una cuestión de falta personal ni fracaso que le preocupó, sino un asunto más fundamental: echando mano de todas las cosas por las cuales él fue asido (y fuimos asidos) por Cristo Jesús.

No basta saber lo que es su voluntad para nosotros en esta vida sólo. Nuestra vida aquí es por

setenta, ochenta, quizás cien años. Dios, en cambio, es “...el Alto y Sublime, el que habita la eternidad...” **Isaías 57.15** No tiene sentido decir que él tiene un plan para nuestra corta vida aquí, un plan que él quiere que sepamos y sigamos; y a la vez decir que él no tiene ningún plan específico para nuestra eternidad, o no le importa si echamos mano de su plan o no.

No que la prueba de la verdad tenga sentido para nosotros o no: “*Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.*” **Isaías 55.8, 9** Él ha puesto cosas celestiales y eternas delante de nosotros tan a menudo en la Escritura (**2ª Corintios 4.17, 18; 2ª Timoteo 2.10; Efesios 1.3; 2.6, 7; y Colosenses 3.1, 2,**) por ejemplo que sabemos que él quiere que echemos mano de ellas ahora por fe.

Cuando tratamos de entender el lado celestial, eterno de su propósito, por supuesto, encontramos dificultades. Sus pensamientos no son nuestros pensamientos; sus maneras no son nuestras maneras. Nuestros pensamientos más altos no llegan a ser del plan de Dios en Cristo. “*Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.*” **1ª Corintios 1.25** Cuando Dios mostró algo de su programa a Pablo, él “*oyó cosas inexpresables, cosas que al hombre no es permitido decir.*” - (Versión NIV) **2ª Corintios 12.4** Lo que es inexpresable no se puede decir perfectamente; así Dios usa ejemplos de cosas comunes: atletas ganadores, reyes, una novia, herederos, etc. indicando que en

alguna manera su voluntad para nosotros se parece a aquellas cosas.

Aún los ejemplos que él da no revelan todo lo que él desea hacer en nosotros: “*Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser...*” **1ª Juan 3.2** Los cuadros son tan solo cuadros. Admiramos una pintura de fruta o una fotografía de un arroyo montañoso, pero no tratamos de comer la fruta pintada ni beber el agua fotografiada. Además, un cuadro no puede proveer cierta información. Una pintura no puede revelar la fragancia ni el sabor de una naranja. Una fotografía no puede revelar la profundidad ni velocidad de un arroyo. “*...aún no se ha manifestado lo que hemos de ser...*” No debemos pensar que los ejemplos en la Escritura, sean la cosa real espiritualmente, o que puedan comunicar el alcance total de lo que Dios nos ofrece. Son correctos pero incompletos, dando un resplandor fugaz del porqué él echó mano de nosotros, pero no la plenitud de ello. “*Porque en parte conocemos...*” **1ª Corintios 13.9** Su obra, cuando sea revelada por completo, irá más allá de cualquier cosa que ahora conocemos. Lea **Efesios 3.20**.

¿Parece extraño que se nos instruye a echar mano de cosas que no se revelan totalmente? En realidad es así con todo lo que recibimos de Dios. Acepté a Cristo como mi Salvador cuando era un niño muy pequeño. No le había visto, no tenía comprensión real de su eterna obra por mí en la cruz, y no podía explicar justificación, santificación, redención, ni ninguna de las otras cosas maravillosas que la Biblia dice ser parte de la obra salvadora de Dios en Cristo. Supe que Jesús había muerto por mí, y que algo bueno se me ofrecía. Sobre esa base recibí un regalo eterno

que no comprendí totalmente, cuyo impacto eterno en mi vida no tuvo manera de entender en aquel entonces. Estoy aun aprendiendo acerca de ello.

¿Cómo echamos mano de las cosas que no entendemos totalmente, cosas que no son reveladas totalmente? Por la fe, por supuesto. Cuando yo acepté a Jesús como mi Salvador, alguna escritura simple, como **Juan 3.16**, me fue explicada, y el Espíritu Santo me mostró que era real y que era para mí. Lo creí, y recibí mucho más de lo que supe.

Es lo mismo con cada paso espiritual que tomamos, incluso echando mano del completo propósito eterno, por lo cual Cristo echó mano de nosotros. Aceptamos lo que podemos saber por la palabra de Dios, dejando con él aquellas cosas que no es posible todavía para nosotros saber, y por la fe echamos mano de vastas riquezas espirituales más allá de toda comprensión terrenal. Echamos mano de cosas espirituales que no hemos visto, por creer lo que Dios nos ha dicho, no por esperar hasta que sepamos todo lo que hay para saber.

Para que hagamos así, debe haber un cambio en la manera en que navegamos nuestro curso a través de la vida. “...*porque por fe andamos, no por vista...*” **2ª Corintios 5.7** En la esfera espiritual, lo que usted cree saber por la observación y el entendimiento natural, no le llevarán adonde necesita ir. Si por acaso no entiende lo que quiso decir por, “*por fe andamos,*” considere **Romanos 10.17**. “*Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.*” La fe no es sólo creer algo. Es creyendo la palabra de Dios. Caminamos por creer lo que la Biblia dice; es nuestro mapa. Esto, y nada más, nos capacita para echar mano de lo que él ha ofrecido.

¿Se encuentra a sí mismo deseando ver exactamente, ahora mismo, lo que Dios ha provisto para usted? Esto es muy natural, no espiritual, sino natural. Recuerde, “...*aún no se ha manifestado lo que hemos de ser...*” No podemos saber ahora la plenitud de lo que somos llamados a echar mano para la eternidad. No es su voluntad. Dios tiene un horario. Veremos todo que él tiene para nosotros cuando veamos a Cristo, y no antes.

El deseo de la carne de saber la plenitud ahora, lleva a algunos a imaginar que saben más de lo que saben. Empiezan a comportarse como si los bocetos pequeños que Dios ha dado en su Palabra retratan el paisaje entero de glorias celestiales que él ha reservado para nosotros; como si supiesen por completo, no “*en parte.*” En el resto de esta serie miraremos algunos de los ejemplos Bíblicos por lo cual Cristo ha echado mano de nosotros. Qué los tomemos por lo que son, y no por lo que nuestra carne religiosa quisiera que sean.

¿Estamos, entonces, volando ciegos? No. “*No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. 2ª Corintios 4.18* La Biblia, la palabra de Dios, nos capacita, en el espíritu, ver lo eternal, lo que no se ve. Si echamos mano sólo de las cosas vistas con el ojo de entendimiento natural, nuestros corazones estarán puestos en cosas temporales, terrenales. “*Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu.*” **1ª Corintios 2.9, 10** Hay un misterio aquí, un milagro por lo cual Dios revela lo desconocido al corazón del hombre. Provee

aquella manera nueva de navegar. Va más allá de los ejemplos.

Que miremos a él en estas cosas, confiando en él para completar la obra en nosotros, no inclinando a nuestro propio entendimiento. *“...y la ciencia acabará porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.” 1ª Corintios 13.8 al 10*

Victoria En La Batalla

Hace mucho tiempo, la raza humana entró en una guerra que no fue por su propia culpa. Nuestra participación comenzó cuando “madre” Eva fue engañada y cometió un acto que la puso en oposición a Dios, y cuando Adán escogió acompañarle. A diferencia de Eva, él no fue engañado. (*1ª Timoteo 2.14*) Él entró en el pecado por voluntad propia.

No podían haber tenido ni idea de cuáles serían las consecuencias completas, o que significaría el fin de la comunión abierta de que habían disfrutado anteriormente con Dios. Habiendo sido traído en las hostilidades en el lado malo, la enemistad humana contra Dios llegó a ser muy real: *Romanos 5.10* nos asegura que fuimos enemigos. *Colosenses 1.21* nos dice: *“...vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras...”* La raza humana ha luchado contra Dios y contra su voluntad desde aquel día en adelante.

Sin embargo, Aquel a quien vimos como nuestro enemigo nos amó. No escogió dejarnos en nuestra condición decepcionada, ni tratarnos solamente sobre la base de nuestra rebelión. Hablando de creyentes,

Efesios 2.3 al 5 nos dice: “...éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos.)”

Romanos 5.10, que se citó antes, sigue diciendo: “siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo.” El verso citado de Colosenses, capítulo uno, también dice que él nos reconcilió a sí mismo. Él nunca deseó ser nuestro enemigo.

A pesar del hecho que creyendo en Cristo para la salvación trae una paz que no podíamos conocer de otra manera, (**Juan 14.27; Romanos 5.1; Gálatas 5.22; Efesios 2.17; Filipenses 4.7**) la guerra continúa. El engañador quien cazó con trampa a Adán y a Eva, y quien, por ellos, trajo todos sus descendientes en la guerra en el lado del pecado, no ha cesado de batallar. Él dirige su feroz enemistad, abierta hacia todo quien se alista con Cristo.

Una cosa, de la cual Dios quiere que echemos mano, de las cosas por la cual Cristo echó mano de nosotros, es la victoria en la batalla. Él lo hace claro en cada lugar donde él menciona la batalla y aun en los lugares donde no se habla directamente. Él dice al más joven de sus hijos que son ganadores: “*Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido...Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo...Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios...*” **1ª Juan 4.4; 5.4; 5.1** Repetidamente él da instrucciones expresando su deseo de que seamos victoriosos en cada lucha espiritual: “*No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.*” **Romanos 12.21** “*Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el*

poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo...y habiendo acabado todo, estar firmes.” Efesios 6.10 al 13 Cristo no echó mano de nosotros con un deseo de vernos derrotados.

La guerra en que Satanás entra no es siempre una de violencia abierta. Usará esa táctica contra el pueblo de Dios si se le permite y si es conforme a su propósito, pero la mayoría de las veces sus tácticas son más sutiles. En Edén, una mentira logró todo que él quería. Él llevó a Eva a un lugar de dudar y luego rechazar la palabra de Dios, y por ese medio logró su propósito. En la forma de una serpiente, inyectó el veneno de incredulidad que ha obrado muerte y miseria en el hombre desde entonces. Esta destrucción es más real y segura que la destrucción de bombas y balas. Mentiras, produciendo incredulidad, son su primera y más eficaz arma. Lea **Juan 8.44**

Siendo así el caso, no debe sorprendernos descubrir la base sobre la cual debemos luchar la batalla: *“Pelea la buena batalla de la fe...” 1ª Timoteo 6.12*; y *“...que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos.” Judas 1.3* ¿Recuerda la porción que citamos más antes, *“Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo?” 1ª Juan 5.4* Sigue diciendo: *“y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.”* Podemos ver, entonces, por qué Satanás ataca la fe constantemente. Cada elemento de la piedad tiene valor, pero sólo la fe es victoria.

De cierto, Satanás atacará el área de los morales y los hábitos malos, y tratará también de traer discordia y división entre el pueblo de Dios, pero estos, y muchas otras cosas no son más que encuentros secundarios

designados para reducir nuestra vigilancia en el área de la fe. La fe cree la palabra de Dios: *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” Romanos 10.17*

Muchos creyentes se equivocan pensando que la batalla real es evitar el pecado, asegurando la unidad exterior entre los creyentes, o cualquier otra cosa, menos la fe, y conociendo la palabra de Dios, que es la única cosa que puede crear la fe en nosotros. Por esta equivocación, se dejan a sí mismos abiertos a un ataque mortal. Nada es más importante que la fe. Sólo la fe nos permite echar mano de la victoria espiritual por la cual Cristo echó mano de nosotros.

¿Contra quién peleamos, y en qué arena luchamos la buena batalla de fe? *“Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.” Efesios 6.11 al 12* No olvide quien es nuestro enemigo; él quiere desviar nuestra voluntad de luchar, enfocándola en otros seres humanos, especialmente otros creyentes, en vez de él. Quiere que disparemos al blanco equivocado. Le gustaría que creamos que nuestra batalla es terrenal, que podamos ganar victorias espirituales por cambiar la sociedad y mejorar el tono moral del mundo. ¡No! ¡La guerra por la cual hemos sido asidos, está en los cielos! No nos atrevemos a enredarnos en los asuntos mundanos si deseamos agradar a Aquel quien nos ha hecho sus soldados (*2ª Timoteo 2.4.*) La fe cambiará la tierra cuando el tiempo venga, pero cambiar cosas terrenales

no aumentará la fe, y por eso no puede producir las victorias espirituales.

En nuestros procedimientos con otra gente, especialmente aquellos quienes se oponen al evangelio de Cristo, hay sólo un curso según la Escritura, basado sobre la fe abierta: *“Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad.”* **2ª Timoteo 2.24, 25** La gente, aun cuando se opone a Cristo y nos persigue, no es nuestro enemigo. Satanás es nuestro enemigo, es también el enemigo de todos aquellos que él usa en sus esfuerzos para impedir el evangelio. Debemos ser mansos con tales, pacientemente, mansamente instruyéndolos en la palabra de Dios, con una esperanza de que la fe será producida, cambiándolos espiritualmente. No debemos discutir con ellos la filosofía ni sobre sus propios términos, sino darles la palabra de Dios. Hacer de otra manera sólo dañará nuestra propia vida de fe, privándonos de la victoria completa. Lea **1ª Timoteo 6.20, 21.**

Dos pensamientos al terminar: Primero, en repasar nuestra armadura espiritual, **Efesios 6.16** nos dice: *“Sobre todo, tomad el escudo de la fe...”* Las palabras *“sobre todo”* implica que la fe se sobrepone encima de toda otra parte de la armadura; es la última protección contra Satán y contra la derrota. Segundo, **Efesios 6.17** habla de *“la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.”* La palabra de Dios, por la cual la fe viene, es nuestra arma ofensiva en esta guerra. La victoria es nuestra, sólo mientras nos adherimos a la

palabra de Dios, no dejando lo que él ha hablado. ¡Hijo de Dios, eche mano de esta victoria!

La Victoria En La Carrera

La Biblia frecuentemente usa la carrera para ilustrar el hecho de echar mano de algo espiritualmente. Como en cualquier carrera, no todos quienes corren ganarán. *“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis.”* **1^a Corintios 9.24** La palabra griega traducida “obtengáis” aquí es la misma palabra traducida “asido” en **Filipenses 3.12**. La idea es que debemos correr en una manera que nos permitiría echar mano del premio, correr para ganar. La cuestión, entonces, es cómo hacer esto, cómo correr victoriosamente.

¿Vale la pena procurar obtener la victoria? Todos los atletas deben decidir si quieren ganar o no, si quieren hacer el esfuerzo y compromiso requeridos para obtener la victoria o no, si enfocarán sus vidas sólo en este propósito o no. *“Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible.”* **1^a Corintios 9.25** ¿Si los atletas mundanos se abstienen en cada parte de su vida para ganar premios temporales, no debemos hacer lo mismo para ganar un premio eterno?

Algunos, sabiendo las penurias que Pablo afrontaría, trataron de advertirle contra su ida a Jerusalén, adonde se iba *“ligado en espíritu.”* A sus palabras de advertencia bien intencionadas él contestó, *“...de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con*

gozo...” **Hechos 20.24** La vida misma no tiene igual importancia como la de acabar nuestra carrera con victoria. El creyente quien no cree y vive por esta verdad no ganará el premio.

Por supuesto, no debemos ser llevados tan lejos con la idea de ganar que nos olvidamos qué significa ganar. “*Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente.*” **2ª Timoteo 2.5** Aun en competencias mundanas, aquellos que rompen las reglas pierden, aunque al principio parecen haber ganado. Son descalificados. Un atleta espiritual no debe confundir el éxito popular exterior, religioso, con la victoria espiritual en la carrera.

¿Cuáles son las reglas de competencia? Mejor preguntar dónde se hallan: la Biblia es el único libro de regla. “...*escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella.*” **Habacuc 2.2** Correr para ganar significa correr de acuerdo a la Palabra de Dios. Aun sabiendo ésto, debemos entender que cada parte de su Palabra debe ser aplicada como él, el justo Juez propone. Por ejemplo, **1ª Timoteo 1.8,9** dice: “*Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente; conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo...*” Esa ley está en el libro de regla, pero el juez dice que se aplica sólo al injusto, no a gente salvada. ¡Usar mal las reglas descalifica a un corredor! Para ganar, debemos echar mano de todo el consejo de Dios, correctamente usado. (**Hechos 20.27; 2ª Timoteo 2.15**)

Recuerde, también, que un corredor no ha ganado hasta que cumpla la carrera. Nuestra es una carrera que dura toda la vida. No estamos corriendo una carrera corta, estamos corriendo una carrera de

distancia. “... corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante.” **Hebreos 12.1** Gracias a Dios por los pasos espirituales impresionantes, tempranos, pero hay una carrera larga por delante. Lea Filipenses, capítulo tres. Cerca del fin de su carrera, Pablo no creyó que había ganado. Pero en **2ª Timoteo cuatro**, dijo que había cumplido su carrera y la corona era suya. Al corto tiempo después de esto, él perdió su vida.

No debemos permitir la confianza en nuestro progreso espiritual llevarnos a no hacer caso de Dios cuando él está tratando con nuestras vidas. **Hebreos 12.1** nos insta a poner a un lado cada peso (y pecado) que nos impediría en la carrera larga por delante. Tales cosas nos impiden, nos desgastan, y pueden impulsarnos a dejar de correr la carrera. Una gran parte en ganar esta carrera es simplemente quedarse en ella; se implica éso en la advertencia, “*corramos con paciencia.*” **Hebreos 12.2** sigue diciéndonos que fue “*por el gozo puesto delante de él.*” que Jesús cumplió la obra redentora. Pablo deseó cumplir su carrera con gozo. De nuevo, una decisión debe ser hecha por los atletas espirituales de que lo que está puesto delante de nosotros vale la pena ganar, que nuestra alegría en el premio pesa más que las penalidades de la carrera. De otra manera, no soportaremos.

Es también importante para un corredor, saber la forma de la carrera, y saber dónde está la línea de llegada, sobre todo en una carrera larga, tal como la nuestra. Pablo escribió, “*Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire.*” **1ª Corintios 9.26** La frase “*no como a la ventura*” implica correr sin objetivo, como si el corredor o no tuviera ninguna meta particular

en mente, o hubiera perdido vista de la meta y no supo en qué manera correr. Esta idea es recalcada de nuevo en el cuadro del boxeador: si un boxeador golpea ferozmente, sustituyendo esfuerzo bruto por habilidad entrenada, pega al aire, no a su contrincante. Pablo no compitió en tal manera. No es la manera para ganar.

Pablo supo la meta e hizo las decisiones necesarias para lograrlo: *“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura para ganar a Cristo...prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”*

Filipenses 3.8, 14 Cada meta que Dios quiere que alcancemos, cada premio puesto delante de nosotros, en fin, todo lo que Dios nos ofrece, se encuentra en Cristo Jesús. Por el regalo de la vida eterna y la justicia, él vino a nosotros; por la corona de vida, la corona de la justicia (**Apocalipsis 2.10; 2ª Timoteo 4.8**), corremos cada vez más cerca a él, hasta que por fin echamos mano del premio que está en él. Él es nuestra meta y nuestro premio. Habiendo fijado nuestros ojos en esta meta, que no corramos sin objetivo, ni lejos de él.

Los incrédulos corren también, como hace el carnal entre el pueblo de Dios, pero corren en la dirección equivocada. “Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías. A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan.” (1ª Pedro 4.3,4) Ellos corren hacia la destrucción y la pérdida. Algunos imaginan que porque el regalo de vida

y la justicia en Cristo son eternas e irrevocables, no importa si corremos hacia tales cosas. Éso sería como un atleta Olímpico, que insiste, que puesto que no les pegan un tiro a los perdedores, es bueno asumir hábitos que garantizan que pierda. No confunda las cuestiones. La seguridad en Cristo es una cosa; ganar a Cristo es otra. Corra de tal manera que eche mano del premio. Pablo escribió, “...golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado,” eso es, descalificado de la carrera por el juez. **1ª Corintios 9.27**

Como preparación mental para las competencias, psicólogos de los deportes a menudo sugieren a los atletas que formen cuadros mentales de sí mismos ganando la carrera. Por supuesto, la psicología no tiene respuestas espirituales. Pero así como el atleta natural hace visible su éxito, así también el atleta espiritual debe ver que la Biblia nos asegura que podemos ganar. No lo imaginamos, como la psicología enseña; creemos, como la Biblia enseña. La idea que uno solo ganará el premio (**1ª Corintios 9.24**) es un cuadro útil, que recalca la necesidad de que cada corredor realmente compita, no sólo ir sin rumbo, con una vaga noción agradable de ganar la carrera, sin un ejercicio real ni compromiso verdadero.

Pablo también escribió, “...he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.” **2ª Timoteo 4.7, 8** En otras palabras, el mismo premio de victoria ganado por el apóstol Pablo está disponible a cada hijo de Dios. ¡Esté de acuerdo con la Biblia! ¡Permita que

Dios le ayude a creer por el gozo que él ha puesto delante de nosotros!

De La Realeza Y El Sacerdocio

En los Estados Unidos, tenemos una historia larga de la separación de la iglesia y el estado. Esa tradición ha servido un propósito, el de guardar la libertad en la presencia de la política humana. En el orden perfecto de Dios, sin embargo, esta filosofía humana de gobierno no tiene lugar.

Cuatro veces en el libro de Daniel, por ejemplo, vemos que el Altísimo gobierna en el reino de hombres. **(Daniel 4.17, 25, 32; 5.21) Daniel 4.34** nos dice que su “*dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades.*” ¿Quién separaría su ejercicio de divina autoridad gubernamental, del ejercicio paralelo de autoridad espiritual? El mismo que obedecemos como nuestro Gobernante, adoramos como nuestro Dios.

En **Zacarías 14.16** nos dice que cuando por fin él establezca su reino perfecto en la tierra, cuando su reino finalmente venga, y su voluntad sea hecha en la tierra como en el cielo, entonces “*todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos...*”

Después que el Señor Jesucristo apareció a Tomás, después de la resurrección, la respuesta alegre de Tomás fue: “**¡Señor mío, y Dios mío!**” **Juan 20.28** Tomás primeramente reconoció el señorío de Jesús (su derecho de gobernar y ordenar), y entonces su deidad (su derecho de recibir culto). En la Deidad, la autoridad gubernamental y espiritual son inseparables.

¿Debe sorprendernos, entonces, que al ofrecer su mejor, al expresar su propósito más alto para aquellos de los cuales él ha echado mano, debemos encontrar algo de los dos (calidad de gobernar y adoración) combinadas en nuestro llamamiento? **Apocalipsis 1.5 al 6** habla de *“Jesucristo...que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios...”* Ésa es una parte de la provisión que él ha hecho, una provisión en la cual, y según la cual, Dios quiere que vivamos, un propósito del cual debemos echar mano.

Este propósito y provisión no son algo que debemos tratar de imponer sobre el mundo natural y exterior de hoy día. Es para nosotros. Dios todavía no ha derrocado toda autoridad impía, reemplazádola con la suya. Su reino no ha venido todavía, y su voluntad no está hecho en la tierra como en el cielo. Es sabio no adelantarse a su horario. Somos hechos reyes por la obra de Cristo, pero no nos da libertad de imponer el orden de Dios ni resistir políticamente a los gobiernos. En cambio, somos instruidos a estar sujetos al gobierno humano como a algo ordenado por Dios, a pesar de sus imperfecciones. (**Romanos 13.1 al 7**) Vea también **1ª Pedro 2.13 al 16**.

Lo mismo es verdadero del sacerdocio de los creyentes. Es una reflexión definida de la piedad verdadera en adoración, pero no es un oficio visible, llevado como una insignia de espiritualidad e impuesto sobre la fe de otros creyentes. El apóstol Pablo escribió; *“No que nos enseñoreemos de vuestra fe, sino que colaboramos para vuestro gozo; porque por la fe estáis firmes.”* **2ª Corintios 1.24** Si un hombre tuvo autoridad espiritual, Pablo la tuvo. La autoridad sacerdotal en la

iglesia es la autoridad de ser un ejemplo, hablar la verdad, desplegar a Cristo, adorar en la plenitud, e interceder por otros. No es una autoridad para forzar doctrinas religiosas, prácticas, o reglas sobre otros. Es un oficio dado a cada creyente, por el sacrificio de Cristo.

¿Cómo podemos echar mano de esta provisión, este sacerdocio real que está puesto delante de nosotros? Como siempre, por ejercer la fe (creer la palabra de Dios) y por poner **“los ojos en Jesús.”** **Hebreos 12.2** Es en él y por la Palabra que vemos la base y la realización de este oficio del cual debemos echar mano.

Vemos la majestad de Cristo una y otra vez en la Escritura. Lea **Colosenses 1.13 al 16; 1ª Timoteo 6.14 al 15; 2ª Timoteo 4.1; Hebreos 1.8; 2ª Pedro 1.11; y Apocalipsis 17.14.** Puesto que Cristo se llama **“Rey de reyes”** en dos de esos pasajes, y puesto que uno de ellos habla de **“tronos”** (plural), aun si no tuviésemos más que esos pocos versos, podríamos darnos cuenta de que no es su intención ser el solo portador de poder real. **Apocalipsis 1.5 y 6**, diciéndonos que él **“nos hizo reyes y sacerdotes para Dios,”** simplemente confirma este hecho y nos dice con quién él piensa compartir su poder.

El aspecto sacerdotal, de aquel a lo cual nos ha llamado, también gira alrededor de Cristo. Él es prefigurado en **Génesis catorce** por un hombre llamado Melquisedec. Era el Rey de Salem, y está llamado: **“sacerdote del Dios Altísimo.”** Muchos años más tarde, el espíritu santo inspiró a David para escribir; **“Juró Jehová, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”** **Salmo**

110.4 En los *capítulos 5 al 7 de Hebreos*, este sacerdocio, “según el orden de Melchisedec,” se aplica a Cristo, como Sumo Sacerdote de un pacto nuevo. *Hebreos 7.1 y 2* dan énfasis a la majestad de Melchisedec, y por eso, lo de Cristo. Este sacerdocio real, eterno, celestial, de Cristo es la fuente del sacerdocio del creyente hoy día. *Apocalipsis 1.5 y 6* confirman que somos hechos participantes de este sacerdocio con Cristo.

Echando mano de estas cosas por fe implica una práctica de fe. (*Filipenses 2.12*) “*La fe sin obras está muerta.*” *Santiago 2.26* ¿Cómo hacemos práctico este sacerdocio real? Ésta es una de esas preguntas cuya respuesta verdadera viene por medio de ejercer la fe durante la vida, pero podemos empezar por notar unas instrucciones de la Biblia.

Romanos 5.17 dice: “*mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.*” Éste es el ejercicio de la autoridad real del día presente. No es una promesa para aquellos que buscan satisfacerse con el mínimo de la gracia necesaria para obtener la vida eterna, quienes ignoran el significado más completo de la gracia en la vida del creyente. Lea *Romanos 6.14 y 15; 2ª Corintios 6.1; 8.1 al 7; Gálatas 5.13; y Tito 2.11 al 14*. La gracia trae la victoria sobre la esclavitud del pecado y la carne. Tal dominio es mejor que las victorias políticas buscadas por algunos quienes nombran el nombre de Cristo. *Proverbios 16.32* nos dice que aquellos que se enseñorean de su propio espíritu son mejores que aquellos que toman una ciudad. Según *Romanos 5.21*, este ejercicio de dominio

es logrado por la gracia de Dios en nosotros, y no por nuestra propia resolución.

¿Exactamente cómo funcionamos ahora como sacerdotes de Dios? Considere el sacerdocio Levítico del Antiguo Testamento. No los detalles exteriores de lo que se hizo, sino el verdadero significado espiritual. Sus vestidos eran un cuadro exterior de la justicia que Cristo nos ha dado. (**Éxodo 28.39 al 43; Apocalipsis 19.8; 1ª Corintios 1.30**) Los sacrificios que ofrecieron, pusieron delante de los ojos de aquellos que vinieron para buscar a Dios, el sacrificio de Cristo. Su deber de examinar los casos sospechosos de la lepra, y hacer una determinación de limpieza o impureza es un cuadro de la responsabilidad de los creyentes de reconocer y juzgar ambos, el pecado y la justicia. La lista de responsabilidades de los sacerdotes era larga y detallada. Es dada para nuestra instrucción. Examine **Levítico** y **Deuteronomio** con **1ª Corintios 10.11** en mente.

Se logra echar mano de algo por la fe. La fe es una cuestión de creer la palabra de Dios. Para creer la palabra de Dios, debemos saber primero lo que él ha dicho. Para saber lo que él ha dicho, debemos investigar las Escrituras. Si creemos lo que leemos, habrá una diferencia práctica en nuestra manera de vivir. Ésto es tan verdadero en cuanto de la llamada a un sacerdocio real, como de cualquier otra verdad Bíblica.

Qué Dios, por su Espíritu, continuamente abra nuestros ojos a los privilegios y las responsabilidades que son nuestros. Qué nosotros, por el mismo Espíritu, echemos mano del lugar que es nuestro.

Nuestro Lugar En El Edificio De Dios

Esta lección se trata del tema de echar mano de nuestro lugar designado en el cuerpo de Cristo. (**Colosenses 1.18**) Pablo escribió, “*Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.*” **1ª Corintios 12.18, 27** Se requiere la fe para entrar activamente en nuestro lugar de relación y adoración, designado dentro del cuerpo.

¿Cómo está esto relacionado con el hecho de echar mano de nuestro lugar designado en el edificio de Dios? Pablo también dijo, “*¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?...vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo...*” **1ª Corintios 3.16; 6.19** Así que, la Iglesia está pintada como el cuerpo de Cristo, un cuerpo que debe hacer los encargos de su cabeza; nuestros cuerpos están pintados como un templo, un templo que está totalmente dedicado a Dios, y ocupado por Dios.

Nos dice en **1ª Corintios 3.9**, “*...vosotros sois edificio de Dios.*” **Efesios 2.19 al 22** explica el lugar que tenemos en la Iglesia, el cuerpo de Cristo, por decir que somos parte de un edificio que va creciendo “*para ser un templo santo en el Señor...edificados para morada de Dios en el Espíritu.*” Ésto completa el círculo. La Iglesia es su cuerpo; somos miembros de su cuerpo; nuestros cuerpos son un templo; la Iglesia está siendo construida para llegar a ser un templo. Tomando el lugar que él tiene para nosotros en su cuerpo, la Iglesia, significa echar mano de aquel por lo cual se nos echó mano en referencia a su edificio.

Echamos mano de algo por la fe. Eso es, simplemente creemos su Palabra y confiamos en él para llevarlo a cabo. Pedro escribió, “*vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual...*” **1ª Pedro 2.5** ¿Las piedras se colocan a sí mismas en una estructura por su propio poder o voluntad? No, pues son incapaces de pensar o moverse independientemente. De igual manera, en nosotros mismos no tenemos nada de poder para tomar el lugar que Dios ha preparado para nosotros. “*Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.*” **Filipenses 2.13** Como piedras vivas, sólo tenemos la elección de rendirnos a él o resistir su voluntad.

No somos piedras vivas por la naturaleza que heredamos de nuestro padre Adán. “*Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.*” **Génesis 2.7** Más tarde, después que Adán pecó, Dios le dijo, “*polvo eres, y al polvo volverás.*” **Génesis 3.19** Ésa es la naturaleza humana: polvo. David escribió, “*Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.*” **Salmo 103.14** El polvo no es un material bueno para la construcción. Sí, yo sé acerca del adobe y casas hechas de tierra apisonada, pero nadie sugeriría que tales edificios duren como piedra. Dios está construyendo para la eternidad, no para esta vida.

De Cristo, en cambio, la Escritura dice, “*Acercándoos a él, piedra viva..*” **1ª Pedro 2.4** La naturaleza de Cristo es infinitamente más sólida y estable que la nuestra. Somos polvo; él es piedra. David escribió de él en profecía, “*La piedra que desecharon*

los edificadores Ha venido a ser cabeza del ángulo.” **Salmo 118.22** Compare **Mateo 21.42; Marcos 12.10; Lucas 20.17;** y **Hechos 4.11**. Es la piedra angular viviente del edificio de Dios.

¿Cómo cambiamos de ser inestables, cambiables, niños polvorientos de Adán, a ser piedras vivas? La carta de Pablo a los Corintios nos da una pista: *“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante...El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.”* **1ª Corintios 15.45, 47 al 49**
¿Lo ve?

Cristo “*el último Adán,*” es cabeza de una raza nueva. **Efesios 2.15; 4.24;** y **Colosenses 3.10** todos hablan **“del hombre nuevo.”** Cuando nacimos de nuevo, llegamos a ser algo diferente de lo que éramos antes. *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”* **2ª Corintios 5.17** No llevamos la “*imagen*” (semejanza) de Cristo exteriormente todavía, pero en él somos nuevas criaturas celestiales. Somos piedras vivas, participantes de la naturaleza del último Adán, lo mismo que hemos compartido de la naturaleza del primer Adán.

¿Ahora qué? Ahora debemos permitir que él nos edifique en la estructura de su Iglesia. Un comienzo bueno es simplemente congregarse junto con su pueblo. **(Hebreos 10.25)** Mientras estábamos aun en el pecado, él nos amó; él nos amará aun si nunca vayamos a una

reunión en una iglesia. Él murió para asegurarnos un lugar con él en los cielos; una falta de asistencia en la iglesia no cambiará eso. ¿Es esto una excusa para perder las reuniones cuando su pueblo se junta para honrarle, y ser negligentes en cuanto a hacer su voluntad? ¿No es más bien que su incambiable amor y sacrificio salvador proveen buenas razones para rendirse a su voluntad y juntarse con otros en su nombre?

Ninguna piedra llega a ser parte de un edificio por quedarse sola en un campo. Sería, en su naturaleza, tan sana y sólida como cualquiera piedra en el edificio, pero porque se queda sola, es inútil. No nos juntamos con el pueblo de Dios sólo por nuestra propia causa, sino también para beneficiar a otros. (**Hebreos 10.24, 25**)

¿Sin embargo, es suficiente sólo estar presente, no más? El hecho de estar en un sitio de construcción, no hace de una piedra una parte del edificio automáticamente. Pregunte a un albañil. A menos que se coloca esa piedra en la estructura por el albañil, nunca puede ser una parte del edificio. Como creyentes, estamos en la estructura, pero debemos echar mano de ese hecho por la fe. Debemos echar mano de lo que significa ocupar el lugar que Dios ha escogido para nosotros en su edificio.

El lugar de cada creyente en el edificio de Dios es determinado por su voluntad, y no la nuestra. Recuerde **1ª Corintios 12.18**, citado antes. La Iglesia es el cuerpo de Cristo y el edificio de Dios.

Romanos 12.5 al 8 y **1ª Corintios 12.4 al 30** muestran la diversidad ancha de dones y ministerios en el cuerpo. Todo es necesario, y todo, según esos

pasajes, es distribuido o designado por su voluntad. Un cuerpo tiene muchas partes. Así un edificio: tejas, vigas, laminados, ventanas, puertas, adornos, luceros, instalación eléctrica, y cuantas cosas más. Dios tiene un lugar para usted. Él le mostrará lo que es.

¿Qué será el resultado final si echamos mano de nuestro lugar en el edificio de Dios? (*Apocalipsis 3.12*) Lo que vemos hoy no es la estructura final descrita en *Apocalipsis, capítulos 21 y 22*. Lea esa descripción. ¡Vea la estructura gloriosa que está por venir! Lea también *Hebreos 11.10*.

Finalmente, recuerde la construcción del templo en la Jerusalén antigua. (*1º Reyes 6.7*) No habrá ningún ajuste de último momento hecho a las piedras vivas en el día cuando la Nueva Jerusalén (la habitación eterna del Altísimo) se congregue por fin. La obra preparatoria, ajustando las piedras para su lugar eterno, sigue ahora. Mientras tomamos nuestro lugar dado por Dios dentro de la Iglesia, él nos muestra cosas que no encajarán en aquel futuro lugar, más alto. Cuando sometemos esas cosas a él, las quita con el martillo de su Palabra. (*Jeremías 23.29*) Esa obra debe ser hecha antes de que la ciudad sea completada. Se debe hacerlo ahora.

Como siempre, vemos que asuntos eternos están en juego. De lo que echamos mano ahora determina el lugar que ocuparemos por la eternidad.

La Promesa De La Herencia

Poca gente rechazaría una herencia de un millón de dólares, aun si tuviera condiciones. Aquellos quienes hacen testamentos pueden insistir en casi cualquier cosa

como una condición para heredar. Pueden declarar que el heredero no recibirá nada antes de alcanzar cierta edad. Pueden requerir que el heredero se case a (o no se case) o pueden especificar que el heredero viva en cierta casa. Algunos ponen una condición de que el heredero prometa cuidar por un animal doméstico querido. La gente tiende a hacer cualquier cosa que sea necesaria para echar mano del dinero.

Se ha ofrecido una herencia al pueblo de Dios. Aquellos que entienden su valor, hacen lo que sea necesario para echar mano de ella. ¿Cuál es la herencia, y cuáles son las condiciones que aquellos quienes serían herederos deben cumplir?

Se les garantiza parte de la herencia a todos quienes confían en Cristo. El único requisito para aquellos quienes heredarían la justicia y la vida eterna es la fe en Cristo. **Hebreos 11.7** dice que “*Por la fe Noé...fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.*” Ésta es la misma cosa a que se refiere en **Romanos 3.21, 5.1; y Gálatas 3.24**, como siendo “*justificado por la fe.*” **Mateo 19.29, Marcos 10.17, y Lucas 18.18** hablan de heredar la vida eterna. **Juan 3.36** dice, “*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida...*” Esta herencia por gracia, a través de la fe, no puede ser quitada de nosotros.

Sin embargo, hay más para heredar. “*Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él...*” **Romanos 8.17** Si hemos creído en el Señor Jesucristo y nacimos de nuevo, somos herederos de Dios por la sola razón de que somos sus hijos. Sin embargo, hay otras condiciones que se aplican si seríamos coherederos con

Cristo. En ese caso, llega a ser “...la recompensa de la herencia...” **Colosenses 3.24**

Antes de examinar algunas de aquellas condiciones, vamos a considerar la magnitud de la herencia ofrecida a nosotros. Eso nos ayudaría a decidir si queremos cumplir o no las condiciones que él ha fijado para heredar. Puesto que la oferta que nuestro Padre celestial ha hecho es que podamos ser coherederos con Cristo, la manera más fácil para evaluar lo que él ha ofrecido es en determinar lo que Cristo heredará.

Hebreos 1.2 nos dice que Dios constituyó a Cristo para ser “heredero de todo.” En **Juan 16.15**, Jesús dijo, “Todo lo que tiene el Padre es mío...” Podríamos mirar los detalles, pero aquellas dos declaraciones nos dan un buen resumen. Si usted vacila en creer que “todas las cosas” es lo que el Padre quiere que usted herede, lea **Apocalipsis 21.7**. No es presunción ni codicia desear echar mano de lo que él quiere darnos.

¿Cuáles son las condiciones que se aplican al premio de la herencia? Ya leímos “... si es que padecemos juntamente con él...” y **2ª Timoteo 2.12** dice: “Si sufrimos, también reinaremos con él.” No puede ser más claro: el sufrimiento es un requisito para recibir la herencia completa. No es sólo cualquier sufrimiento. El requisito es que “sufrimos con él.” Pablo escribió de “...la participación de sus padecimientos...” **Filipenses 3.10** No todo lo que el pueblo de Dios sufre se ajusta a este modelo. Lea **1ª Pedro 2.20, 21 y 4.15**.

No piense que tiene que buscar el sufrimiento. “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en

Cristo Jesús padecerán persecución.” 2ª Timoteo 3.12

En el griego el pensamiento de sufrir persecución es de ser perseguido por ella. No hay que buscarlo; si su deseo es vivir una vida piadosa en Cristo Jesús, a través de la fe en él, la persecución le encontrará a usted.

Algunos ven la persecución sólo como los sufrimientos que vienen cuando seres humanos nos lastiman porque odian nuestra firmeza para con Dios. No es así. Satanás mismo persiguió a Job. Aquella persecución incluyó, tanto la supuesta muerte accidental de los hijos de Job en una tormenta rara; la pérdida de su riqueza aparentemente por ataques de azar de merodeadores y una tormenta de fuego; como la pérdida de la salud de Job. Los amigos de Job trataron de convencerle por otra parte, pero estas cosas eran la persecución por la justicia, no el juicio por el pecado.

El requisito para la herencia completa, entonces, empieza con la piedad simple: buscando la voluntad de Dios en Cristo Jesús por la Palabra y guía del Espíritu. (*2ª Timoteo 3.16, 17; Romanos 8.14*) Esto traerá sufrimiento. Entonces, sean lo que sean aquellos sufrimientos, aprendemos a soportarlos como normal (*1ª Pedro 4.12, 13*), como un privilegio (*Hechos 5.41; 1ª Pedro 4.14*), y como comunión en Cristo.

Pedro escribió acerca del sufrimiento piadoso, “*Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas.*” *1ª Pedro. 2.21* Si queremos acercarnos a él, le seguiremos. ¿Le hallaremos por un camino que él no tomó, un camino fácil? Pablo habló de la comunión de sus sufrimientos, “*la participación de sus padecimientos.*” Si queremos comunión con él, entraremos en el lugar de comunión. ¿Hallaremos

comunión con él por volver del sufrimiento que nos enseña acerca de él, del amor que él mostró en morir por nosotros?

Promover sufrimiento por sufrir, no más, sería una tontería. Aun el mundo sabe eso. Pero sufriendo por un propósito alto, sufriendo para lograr algo bueno, soportando penalidad por gran ganancia puede ser muy sabio. Poner Cristo al centro en lugar de uno mismo (la carne) es lo que da sentido al sufrimiento piadoso. Sufriendo penalidades (cosas difíciles o duras) es la manera del soldado. (*2ª Timoteo 2.3*) La voluntad de Dios es que nuestros sufrimientos traigan la victoria. Sufriendo para ganar victorias en el nombre de Jesucristo y por su pueblo, es sabiduría; es Cristo en nosotros. La victoria como un resultado de nuestro sufrimiento con Cristo es necesaria para ser coheredero.

Finalmente, considere dos de las cosas que pueden descalificar a los creyentes de recibir el premio completo de la herencia. La primera es confianza en la ley y las obras de la ley. Tan buena que sea la ley, no es la manera de Dios de alcanzar la victoria o premio. Cuando Pablo escribió a los Gálatas, un pueblo quien imaginó que la ley era necesaria para su perfección espiritual, dijo, *“Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa.” Gálatas 3.18* Lea también *Romanos 4.14* y *Gálatas 3.29*. Si ponemos nuestra confianza en las obras de la ley, en lugar de, o además de nuestra fe, no seremos coherederos con Cristo. La palabra de Dios es clara e inequívoca en este punto. Él no quiere que lo perdamos.

Un segundo descalificador es el pecado activo. *“Y manifiestas son las obras de la carne, que son:*

adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.” **Gálatas 5.19 al 21** No se pueden enmascarar estas cosas delante de Dios. Son pecado. Pero recuerde el tema en este pasaje. No se menciona el don de la vida eterna aquí. Ninguno quien ha creído en Cristo será excluido del reino de Dios. **(1ª Corintios 3.15)** Pero viviendo en un reino no es el mismo como heredarlo. “*Si sufrimos, también reinaremos con él,*” eso es, heredar un lugar juntos en el trono con él. Si andamos en una manera impura o sucia espiritualmente, rechazando ser limpiados por la Palabra **(Efesios 5.25, 26)**, no nos sentaremos con él en su trono. **(Apocalipsis 3.21)**

El gran deseo de nuestro Padre es darnos una herencia completa. Jesús murió para hacerlo posible que la obtengamos. **(Hebreos 9.16 al 17)** Nos resta creer su Palabra, y por fe, recibir lo que él ofrece. Escuche su voz. Su gran gracia no es una excusa para la carne, sino una oportunidad para satisfacer su corazón.

Hijos Maduros

El hecho de que de nosotros se echó mano por el nuevo nacimiento, pienso que es bastante obvio, y no necesita una prueba larga. Antes de ejercer la fe en Cristo Jesús y recibir el nuevo nacimiento que la fe en él trae, éramos “*hijos de desobediencia,*” “*hijos de ira.*” **Efesios 2.2, 3** Dios no había echado mano de

nosotros todavía. Ahora, sin embargo, si hemos creído en Cristo, somos hijos de Dios. Él ha echado mano de nosotros con el abrazo amoroso de un Padre.

En la familia de Dios hay ambos, hijos jóvenes e hijos maduros. También, debe ser bastante obvio que Cristo no echó mano de nosotros con el deseo de que dejemos de crecer espiritualmente. Su propósito no es poblar los cielos con niños espirituales. Su propósito es traer, no unos, sino muchos hijos crecidos glorificados. **Hebreos 2.10** habla de Cristo quien va a “...llevar muchos hijos a la gloria...” Se cumplirá ese propósito.

Juan habló de “*hijitos, jóvenes, y padres.*” (**1ª Juan 2.12 al 14**) Es el deseo de Dios que crezcamos, no sólo a la fuerza y madurez vigorosa de edad espiritual adulta, sino a la madurez más sabia, más fructífera, más madura de la edad adulta. Es una parte del porqué él echó mano de nosotros.

En **Romanos 8.14 al 17** vemos la distinción entre meramente ser los hijos nacidos de Dios, y ser sus hijos maduros. “*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.*” Se usan dos palabras griegas para hablar de la descendencia espiritual de Dios. La que se traduce hijos es [teknon] que es similar en significado a una palabra vieja escocesa, [bairn], significando simplemente “uno que ha nacido,” eso es,

un infante o un niño pequeño. La palabra traducida hijos, en cambio, es [huios], que se usa para hablar de hijos que se han madurado.

No todos los hijos de Dios son guiados por el Espíritu. Algunos no están dispuestos a recibirle en su plenitud. Otros, habiendo sido llenados con el Espíritu, resisten su control. Si no fuese así, no habría ninguna advertencia tal como, “...antes bien sed llenos del Espíritu” (**Efesios 5.18**), y “No apaguéis al Espíritu.” (**1ª Tesalonicenses 5.19**) Permitir que el Espíritu Santo guíe nuestras vidas totalmente es una marca de madurez espiritual.

Una falta de madurez y sumisión no nos hace menos que hijos de Dios. Hijos desobedientes, de voluntad propia, son quebranto para sus padres. Puede ser que los padres, en lo natural, negarían a sus propios hijos, sin embargo, tal hecho no les hace menos descendientes de sus padres. El Espíritu Santo nos da testigo de nuestro lugar en la familia de Dios. Si le escuchamos a él y a las Escrituras que él inspiró, sabremos que nada podrá hacernos ser menos que los hijos de Dios. Podemos ir adelante y crecer hasta la madurez, pero no podemos volver hacia atrás y ser no nacidos. Ni él va a negar que somos suyos. Ha puesto su propia vida en nosotros (**2ª Pedro 1.4**) y “él no puede negarse a sí mismo.” (**2ª Timoteo 2.13**)

Como hijos, somos herederos de Dios. Él no cortará a ninguno de sus hijos de su herencia. Sin embargo, algo de lo que él quiere para nosotros como sus hijos puede ser nuestro sólo a través del sufrimiento. Ningún niño puede comprender el valor del sufrimiento. Tal comprensión viene sólo por medio de la madurez. Hijos pequeños son absolutamente egoístas y egocéntricos, viviendo enteramente para el momento

presente. Mientras maduramos, o natural o espiritualmente, nuestra capacidad para amar a otros y mirar más allá del presente crece. Con ese crecimiento de amor y comprensión viene una voluntad para sufrir. La madurez mira al futuro y considera a otros; ve más allá del dolor. Una vez que poseamos un amor maduro para Cristo, llegamos a ser dispuestos a sufrir con Cristo para llegar a ser coherederos con él.

Es claro por todas las cosas que vemos en **Romanos 8.13 al 17** que los hijos de Dios deben crecer en la plenitud de su voluntad. Él quiere que veamos la diferencia entre nacer de nuevo y detenernos allí, y nacer de nuevo y entrar en la plenitud del consejo de la voluntad del Padre.

¿Cuáles son algunas de las marcas de la infancia espiritual? **1ª Corintios 3.1 al 3**. *“De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?”* Aquí Pablo asocia la inmadurez espiritual con ser carnal, eso es, con vivir según la carne en lugar del espíritu; viviendo más por las cosas naturales, terrenales, temporales, y visibles que por las cosas espirituales, celestiales, eternas, e invisibles. Tales creyentes no recogen la carne (comida sólida) de la palabra de Dios. No permiten que la Palabra cambie totalmente su vista de lo que es la vida. Viviendo y mirando la vida según la carne en lugar del espíritu llevará al pueblo de Dios a envidiar y a codiciar lo que los otros tienen (sea cosas materiales o lugares

espirituales) en lugar de echar mano de lo que podría ser suyo en Cristo. Los llevará a luchar contra otros creyentes, en lugar de luchar contra Satanás, nuestro enemigo verdadero. Llevará a *“divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido..”* de la palabra de Dios. (**Romanos 16.17**) Todas estas cosas son evidencia de elegir a no echar mano de la calidad de hijo maduro.

Considere también **1ª Corintios 13.11 y 14.20**. *“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño...Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar.”* Tenemos una elección de desarrollarnos en la dirección de la malicia o desarrollarnos en una comprensión más profunda de la palabra de Dios. Aquel quien madura, madura en la comprensión. Los hijos maduros de Dios empiezan a comprender las cosas que su Padre los ha dicho. Aprenden a pensar diferentemente.

Lea también **Gálatas 4.1 al 3**. Pablo comparó a Israel bajo la ley con un niño heredero quien no está listo todavía para el privilegio, poder, y posesiones de los cuales él disfrutará un día. Ésta es una ilustración poderosa que guardando la ley religiosamente no es la manera de madurez espiritual. No son aquellos quienes son guiados por los diez mandamientos o algunas otras reglas fijas quienes son hijos maduros. *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.”*

Finalmente, lea **Gálatas 4.19**. El propósito de madurar es para que Cristo sea revelado totalmente en nosotros. La carnalidad (estado espiritual de niñez) es

justo el opuesto: es una exhibición de lo que somos nosotros, de lo que queremos, de lo que podemos llegar a ser sin la guía de Dios.

Romanos 8.29 dice, *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.”* Dios preconoció a los redimidos antes que el mundo empezó. Los conoció como participantes de la vida de Cristo. Si el poder y propósito de Dios de predestinar tienen algún efecto (y por supuesto lo tienen), todos aquellos quienes él conoció serán conformados a la imagen de Cristo. Vea también **Juan 3.2**.

¿Así que, importa lo que hacemos, entonces? Sí. Él no quiere que esperemos hasta que seamos obligados (como se dice) a manifestar una medida de madurez semejante a Cristo. Él quiere que lo echemos mano ahora por fe, para que podamos poseer el lugar más alto de compañerismo con él eternamente. Hay gran recompensa para aquellos que escogen la calidad de hijo verdadero ahora; quienes, en amor, entran en comunión completa con su Padre ahora; quienes aceptan y entienden su consejo completo ahora.

La Conclusión

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús.”
Filipenses 3.12

Hemos llegado al fin de esta serie sobre la importancia de echar mano de las cosas de Dios. Vamos a mirar un cuadro final de lo cual debemos

echar mano. “...*Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.*” (***Apocalipsis 21.9***) Lea también ***Apocalipsis 19.7, 8; 2ª Corintios 11.1 al 3; y Efesios 5.22 al 32.***

Comparativamente, parece que pocos de los creyentes han sido enseñados lo suficiente acerca de esta compañía llamada “la esposa.” La mayoría de aquellos que tienen conocimiento de los pasajes citados arriba, cree que la Iglesia entera será la esposa. En realidad, la esposa será compuesta de una porción tomada de la Iglesia, así como Eva fue formada de una costilla tomada del cuerpo de Adán.

Aquí hay tres razones por qué no es bíblico decir que la Iglesia entera será la esposa:

1) La Iglesia se llama el cuerpo de Cristo. (***Efesios 1.22, 23; Colosenses 1.18***) ¿Si fuese también su esposa, entonces donde estaría su cuerpo espiritual? Mientras la Escritura a menudo usa varios cuadros diferentes para enseñarnos acerca de una cosa sola, los cuadros nunca se contradicen el uno al otro. Si la Iglesia entera fuese ambos, el cuerpo de Cristo y la esposa de Cristo, sería contraria.

2) En ***Apocalipsis 19.7*** vemos que se dirá, “*su esposa (la del Cordero) se ha preparado.*” Observe al pueblo de Dios. ¿Cuánto de su pueblo ha tomado el tiempo de leer, para enterarse de que habrá una boda? ¿Cuánto de aquellos saben que deben pasar por una preparación extensa antes que puedan tener una parte en ella? ¿Y cuántos de aquellos verdaderamente se preparan?

3) Después de decir a los creyentes en Corinto que él les había desposado (arregló su compromiso de matrimonio) a Cristo, Pablo dijo, “*Pero temo que como*

la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad (simplicidad en - Versión Antigua) a Cristo.” 2ª Corintios 11.3 ¿Si cada miembro del cuerpo de Cristo será parte de la esposa del Cordero, ¿por qué temía Pablo que algún daño ocurriría después de su desposorio? Tiene sentido sólo, que si desviando de una devoción singular a Cristo los descalificaría del privilegio de ser parte de la compañía esposa. Les hizo recordar de la necesidad de prepararse si quisieron tener una parte en esa relación.

¿Cómo podemos prepararnos para ese lugar? Por someternos a la Palabra. ¿Cómo echamos mano del desposorio? Por la fe y “...*la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” Romanos 10.17*

Si leemos *Efesios 5* con comprensión, veremos que la razón de que Cristo nos redimió por su sangre, es expresamente para que pueda prepararnos como una novia. Un requisito para entrar en esa compañía de creyentes es una limpieza continua de nuestro andar. Cambio de corazón, pensamiento, compromisos y propósitos tienen que tomar lugar, pero para cumplirse en nosotros, Cristo nos santifica y limpia por la Palabra. (*Efesios 5.26*) ¿Será esto sólo, suficiente preparación? Sí. Es el medio que él ha escogido.

Esto no es una mera exposición a la Palabra, sin sumisión a su obra eficaz. Un niño puede salpicarse en una tina de agua sin entrar en ella, o puede entrar y jugar en ella sin siquiera lavarse. *Efesios 5.26* habla, no sólo de la exposición a la Palabra, sino también de limpiarse y lavarse por la Palabra. Si se permite que hiciera su obra, la palabra de Dios hará todo lo necesario para prepararnos.

Entre la mayoría de aquellos que leerán esta lección, se ha dicho mucho acerca de la novia. Puede ser difícil agregar algo a la discusión. Aun así, porque es algo de que se debe echar mano por la fe, y porque es parte de lo que Dios pone delante como su mejor para nosotros, tiene lugar en esta serie. Ahora, hablo a aquellos quienes conocen las escrituras acerca de la novia.

¿Cuándo acabará el desposorio? La respuesta más simple es, “No todavía.” Parece que, de acuerdo al libro de Apocalipsis, la boda del Cordero será después que los santos vencedores totales son arrebatados en la venida secreta de Cristo; quizás a mitad de los siete años profetizados, que abarcarán el levantamiento y la caída de la bestia, el derrocamiento de la gran ramera, el tiempo de la angustia de Jacob (la “gran tribulación”) y la aparición gloriosa de Cristo (cuando todo ojo le verá). Puesto que el Señor no lo ha revelado, el tiempo preciso de la boda no es una cuestión vital para nosotros. El hecho de que “no es todavía” es vital.

Aquellos que conocen las Escrituras acerca de la esposa, quizás han oído hablar de ello en términos que implican que la intimidad espiritual de este matrimonio se está llevando a cabo ahora. Algunos han indicado que se nos asegura un lugar en la compañía esposa, simplemente por saber de ello; aunque no hemos cumplido nuestra carrera aquí. ¡Cuán triste y cuán extraño! Es triste, porque aquellos quienes piensan que ya han ganado el premio, cesan de correr por ello; o sea, cesan de echar mano. Es extraño, porque no hay ninguna esposa todavía, excepto en la profecía. Hay sólo la Iglesia, el cuerpo de Cristo.

Hasta que “...*han llegado las bodas del Cordero...*” aquellos que se mueven por la fe aprenden de él, le obedecen, le admiran, le sirven, le adoran, y esperan su venida. No reclaman ahora los derechos, nombre, ni privilegios de un matrimonio que no ha tomado lugar todavía. Nuestro Padre nunca asentirá, ni bendecirá tales ideas confusas. Por ahora, la fe modestamente echa mano del desposorio y descansa calladamente en la promesa de la Palabra.

Si decimos que entendemos ésto: el matrimonio es sólo un cuadro de lo que Dios quiere para nosotros; sólo un cuadro y uno incompleto. Hay mucho más acerca de su voluntad completa para nosotros. No es un cuadro meramente romántico. Se da para que podamos ver que esta relación con Cristo será lo más cerca posible; para que podamos ver que nos ofrece todo lo que tiene y todo lo que él es. Imágenes gráficas, tal como se usan en *Cantar de los Cantares* son usadas escasamente en el Antiguo Testamento, y nada por Pablo. No son comprendidas prontamente por el joven espiritualmente. Además, en cuanto a la porción que se ocupa, este tema entero es sólo una parte muy pequeña de todo lo que Pablo tiene que decir. Qué reflejemos la palabra de Dios, comprendiendo su propósito completo.

Nada de ésto cambia la importancia de lo que está en juego. ¡Podemos ganar a Cristo! ¿Corre usted para ganar el premio, permitiendo a Cristo estrechar su vida (eso es, agrandar sus metas) por su Palabra? ¿Propone en su corazón que todas las cosas sirvan un solo propósito: obtener lo mejor de Dios? No tome el amor de Cristo ligeramente. Hay mucho para ganar. Mucho, lastimosamente, será perdido por aquellos quienes no echan mano de lo mejor de Dios. (1ª

Douglas L. Crook, Pastor
Abundant Grace Fellowship
4535 Wadsworth Blvd.
Wheat Ridge, CO 80033
303-423-2625
dlcweston@juno.com